

Comienza la década con *El triunfo* (1990), de Francisco Casavella. Bajo el protagonismo colectivo de un atrabiliario *grupo salvaje*, a medio camino todos entre la picaresca y la delincuencia, estamos ante una novela que experimenta –aunque en modo alguno sea *experimentalista*– con las posibilidades del lenguaje de la marginalidad y con la propia expresión deliberadamente marginada del escritor. La estilización culturalista –aquí de la cultura de masas: cine negro, novela de misterio, enredo mafioso– lleva al concepto del fracaso a una modernidad literaria teñida de un cierto casticismo entre ternurista y picaresco. Se representa así la idea de la frustración personal con un guiño optimista hacia la solidaridad entre los desposeídos, se palía la soledad con la consistencia del grupo que acoge y presiona, y en resumidas cuentas, se ironiza –desde el propio título del libro– con la consabida ambivalencia de la triunfante lucidez del fracaso.

Muy otro carácter tiene ese relato de desarraigados «de diseño», *Historias del Kronen* (1994) de José Ángel Mañas; toda una mezcolanza de violentas tribus urbanas, desquiciadas carreras automovilísticas, mortales apuestas sin sentido e interminables rutas discotequeras. Resulta fácil referirse a la actual crisis de valores pero éstos, más que morales, son literarios, y el tema del fracaso se resiente también de la inconsistencia generalizada de la presente novelística española. En este caso no se perfila acertadamente el pretendido desarraigo juvenil, si no es a partir del aburrimiento existencial, generacional y hasta metafísico que invade a estos personajes. Más allá del omnipresente diálogo, la endeblez de esta pequeña mítica del desarraigado postmoderno es evidente. Del mismo autor hay que reseñar *Soy un escritor frustrado* (1996), novela que traslada esta postmodernidad al ambiente intelectual de un profesor universitario, respetado crítico literario, pero negado escritor, circunstancia esta que le impulsa a la autodestrucción y a la infelicidad. Quizá porque no es un texto pretencioso, sino de una asumida simplicidad esquemática, acierta aquí Mañas con una revisión fabulada y simbólica de la búsqueda del éxito a toda costa; supone también una incisiva mirada sobre las monomanías personales, que llevan al fracaso desde el propio planteamiento obsesivo hacia lo deseado.

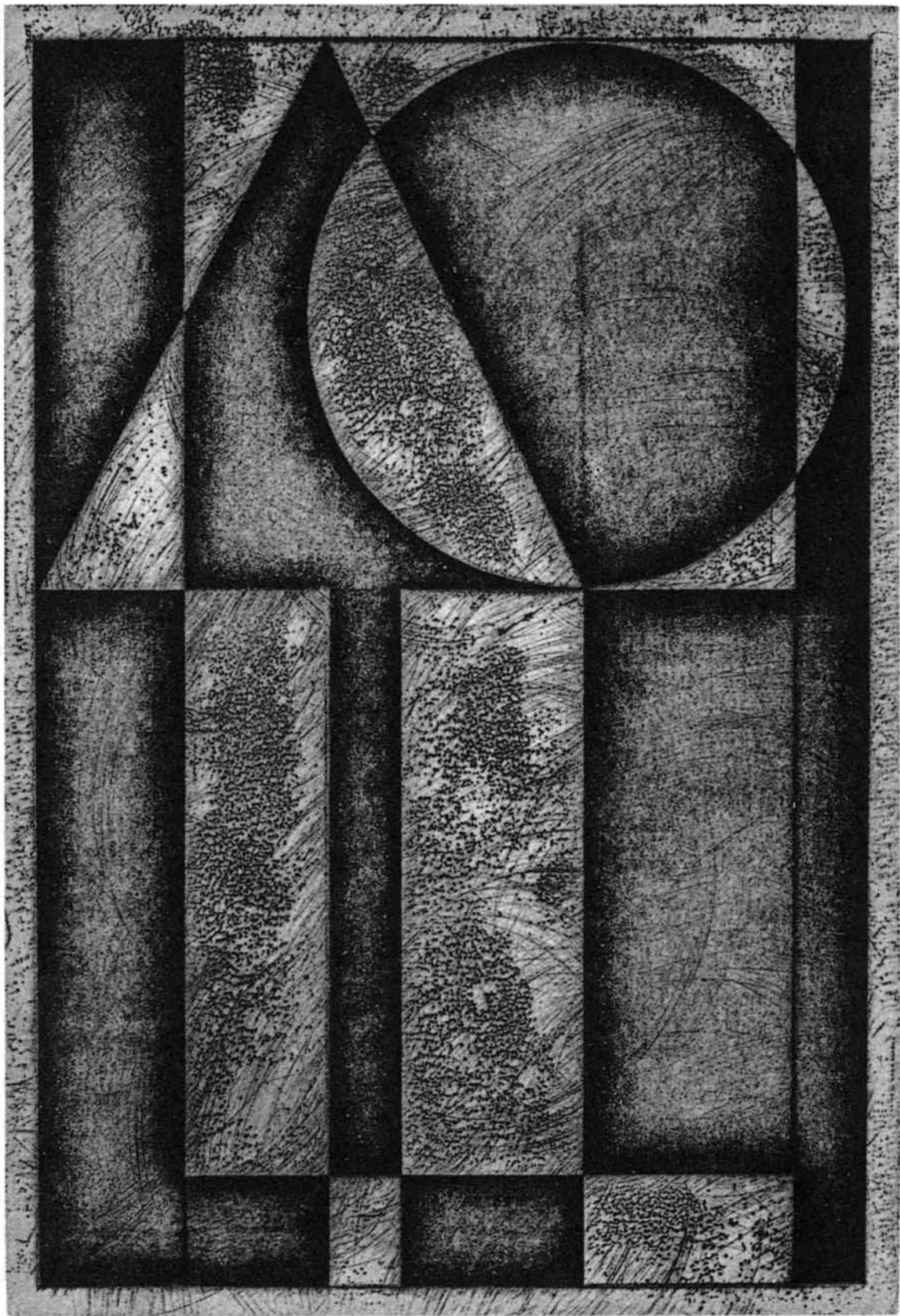
De mucho mayor calado, *Muntaner, 38* (1996), de José A. Garriga Vela, nos adentra en un apasionante *metaespacio* argumental; el protagonista, hijo menor de una familia de clase media –el título alude a la dirección del domicilio barcelonés– en el predesarrollismo español de los años cincuenta, entretiene su infancia y primera juventud viendo pasar la vida a través de un balcón familiar que da directamente a la acera. Esta particular cir-

cunstancia es sólo el pretexto para desarrollar las historias cruzadas de personajes atrincherados en el pasado, un ayer marcado por la falta de oportunidades, la anulación de una sociedad civil progresista y una pesada y gris cotidianidad. Se trata de una novela impresionante en la que el fracaso toma cuerpo en la tiranía del recuerdo, que impide a los protagonistas avanzar hacia el futuro. Marcada por un ingenuo autobiografismo, aunque también por una singular fresca expresiva, se debe mencionar *Matar dinosaurios con tirachinas* (1996), de Pedro Maestre. Es como si estuviéramos ante *Hay una juventud que aguarda* bastantes años después, en que la pobreza o la imposibilidad total de publicar se han convertido en la preocupación por el paro, el servicio militar o el desapego familiar. Esta crónica de una iniciación literaria aporta una curiosa ternura al tema del fracaso, titubeos, incertidumbres y derrumbes de principiante que como tal se ve en todo momento, y las necesidades cotidianas más básicas encaradas a las entelequias del naciente escritor conforman una meditación sobre el paradójico desencanto anterior al «encanto», un sorprendente «punto de salida» sencillo y eficaz. *Redención* (1997), de Ramón de España, es una novela objetable por su final complaciente y un tono moralista, algo irónico si se quiere, que lastra notablemente la historia. A pesar de esto, interesa aquí porque introduce el elemento contrapuesto al fracaso, que no es exactamente el éxito —otra sobrevaloración subjetiva u objetiva de la realidad— sino la capacidad de unos personajes para alejarse de una obsesión anhelante. Desde este punto de vista, *Redención* especula y concluye con una optimista mirada sobre esa huida personal, al tiempo que nos presenta a un fracasado acostumbrado a su propia defraudante rutina; al romper ésta, empezará a decantarse por un particular «triunfo» íntimo.

Estamos ante uno de los más recurrentes fetiches culturales de nuestro tiempo, ante una maniática atracción por el vacío y ante el peligro evidente de que todo sea una pose de paseante intelectual. El director de cine Fernando Trueba señala atinadamente a este respecto: «Sólo hay una cosa casi tan horrible como el odioso culto al éxito, y es el culto al fracaso. Éste no debe ser confundido con la lógica y humana tendencia de ponerse del lado del perdedor, literaria y poéticamente mucho más interesante y, a largo plazo, ganador»⁵. A pesar de los riesgos de todo esquema metodológico —presentado aquí bajo unas breves notas alusivas— aplicado a la literatura, la estética del fracaso puede orientar sobre algunas de las más significativas tendencias de la narrativa española de este fin de siglo: su

⁵ Fernando Trueba: Diccionario de cine, *Planeta, Barcelona, 1997, p. 131.*

malditismo de diseño, su obsesión por el pasado cercano, la endeblez de sus planteamientos argumentales, su espontaneidad en otros casos o su fascinación por lo decadente. De hecho, y lo mencionaba Trueba, parece consustancial a la condición humana la adhesión –o interés o simple curiosidad– a lo derrotado, adquiriendo el carácter de mito contemporáneo, por ejemplo, la historia del *Titanic*, sin que nada importe la de aquellos otros trasatlánticos que llegaron y llegan cada día felizmente a puerto.



Si hay que tener